

MIS ENCUENTROS CON ÁNGEL VALBUENA PRAT

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO
Universidad de Oviedo

RESUMEN:

El autor recuerda cómo conoció a Valbuena Prat, tanto a través de su Historia de la Literatura, como posteriormente de forma personal.

ABSTRACT:

The author remembers how he met Valbuena Prat, so much through his History of Literature as for, later, in a personal way.

PALABRAS CLAVE:

Valbuena Prat, Ángel. Historia literaria.

KEYWORDS:

Valbuena Prat, Ángel. Literary History.

Estudiábamos Literatura Española en la Facultad de Filosofía y Letras por el «Juanito», un grueso manual de la asignatura (más de mil páginas) que habían compuesto tiempo atrás Juan Hurtado y J. de la Serna y Ángel González Palencia, catedráticos ambos en la Universidad de Madrid; era libro muy considerado ya que “por su precisión, abundancia de datos y objetiva información [es] el más útil y autorizado de cuantos se han compuesto hasta la fecha” (José Simón Díaz *dixit*). Reconocíamos los estudiantes ovetenses de los primeros años 40 que aquellos dos tomos de un papel moreno (como de estraza), cuarenta pesetas su precio, con unas feas cubiertas de cartulina color naranja estaban colmados de erudición pues contaban la biografía de los escritores y los asuntos de gran número de obras, hacían su valoración apoyándose en el parecer de Menéndez Pelayo, ofrecían algunos cuadros sinópticos (amplias llaves que se rellenaban con divisiones y subdivisiones), daban a modo de apéndice una bibliografía para el lector que deseara aumentar sus conocimientos y, aunque en letra más pequeña, encaraban el siglo XX y lo cerraban con una abundantísima relación de periodistas, desde Ángel Herrera (“que en *El Debate* hizo, no sólo un gran periódico, sino también una escuela de periodistas”) y Torcuato Luca de Tena, el fundador de *ABC*, hasta Jesús Evaristo Casariego (solamente el nombre). Pero ¿cómo era posible retener semejante despliegue, tan poco jugoso, cansino y aburrido? Teníamos además un programa muy ajustado al manual, con

una multitud de lecciones, más o menos transcripción de los títulos y epígrafes de sus capítulos, materia sobrada para entretenerse durante los dos primeros cursos de la carrera (los llamados “comunes”) y objeto de repaso y ampliación en tercero y en cuarto (dentro ya de la sección de “Filología Románica”). No miento si digo que algunos andábamos perplejos y decepcionados ante aquello que —manual, programa y clases— se presentaba bajo el rótulo de Literatura y quedaba tan distante de nuestras lecturas y aspiraciones.

Afortunadamente no duró mucho tiempo esa congoja porque antes de las vacaciones navideñas de 1941 alguien de nosotros descubrió en una librería de la ciudad —y participó su hallazgo a los compañeros más afectos— otro muy diferente manual de la asignatura: se trataba de la *Historia de la literatura española*, por Ángel Valbuena Prat, catedrático de la Universidad de Barcelona en el año de su primera impresión (Gustavo Gili editor, 1937, en plena guerra civil). Costaban aquellos dos tomos ochenta pesetas pero este mayor precio quedaba compensado con el mejor papel y la encuadernación; eran otras mil y pico páginas que el autor dedicaba “a don Antonio Rubió y Lluch y don Ramón Menéndez Pidal, mis maestros” y, también, “a todos mis alumnos de las Universidades de La Laguna, Barcelona y Cambridge”. “Más humana que erudita” la obra, según la caracterizaría bastantes años después su autor, y así nos pareció entonces cuando, tras el descubrimiento hecho, comenzamos a leer complacidamente unas páginas limpia y hasta hermosamente escritas, que testimoniaban no sólo mucho saber literario sino conocimiento nada vulgar de la Historia del Arte (especialmente de pintura), utilizada como contraste y aclaración de las letras; se advertía asimismo una influencia del psicoanálisis de Freud, cuya lectura debió de dejar bastante huella en la mente de Valbuena, quien gustaba de aplicar esas teorías para el desentrañamiento de ciertas complejidades biográficas y literarias. Así pertrechado, el autor del manual historiaba desde los cantares de gesta medievales hasta lo que llamaba “la nueva literatura”, integrada por los poetas, dramaturgos y prosistas de la generación del 27. La lectura y aprendizaje del manual de Valbuena parecía habernos reconciliado con la Literatura.

Después de contacto tan singular fui teniendo noticias, siempre indirectas, de Valbuena Prat, quien publicó nuevas obras de carácter y asunto muy diversos: un libro de poemas religiosos, *Dios sobre la muerte*, testimonio de un reencuentro personal con la divinidad; o una documentada y sustanciosa investigación acerca de *La vida española en la Edad de Oro, según las fuentes literarias*; o, finalmente, *Teatro moderno español*, repaso sistemático y no poco original a tres siglos (XVIII, XIX y XX) de actividad dramática, con su punto final en autores y obras de los primeros años de la posguerra.

Aunque también indirecta fue de otro tenor la información que me dio un profesor de la Facultad ovetense, alumno de Valbuena en la de Barcelona antes de 1936. Valbuena había sido (según Roca Franquesa) un profesor excepcional, muy docto, sorprendente en ocasiones, descubridor para el estudiante de innúmeras posibilidades, que sabía estar en su sitio y, también, codearse con los alumnos, sus amigos enseguida; hombre bueno y

sencillo, atento sólo al trabajo profesional, tarea gozosa y nunca ingrata rutina, apolítico en unos momentos de completa politización. Y sin embargo, acaso por esta su independencia, fue víctima de un desafuero administrativo que lo trasladó en 1943 a la Universidad de Murcia.

Pertenecía Valbuena Prat a una promoción de catedráticos universitarios de Literatura Española constituida por individuos de diferente edad y formación, a los que se sumó cuando solamente tenía veinticinco años; con la excepción del asturiano Armando Cotarelo Valledor, del cántabro José Manuel Lomba de la Pedraja y del ya dicho Hurtado, podría afirmarse que los restantes eran adscribibles a la generación del 27, como nacidos en la última década del siglo pasado o en la primera del XX y para ellos teníamos los jóvenes licenciados y doctores, los que deseábamos llegar algún día a ser sus colegas, gran respeto y admiración como supervivientes de una época que se nos antojaba esplendorosa; Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, maestros en su obra y ejemplo, y el Centro de Estudios Históricos (fundado en 1914) parecían respaldarlos.

Las ediciones anotadas de clásicos españoles —Calderón a la cabeza, pero también Cervantes o los novelistas picarescos— y las colaboraciones en el suplemento literario del periódico madrileño *Arriba* fueron acrecentando mi conocimiento de la bibliografía debida a Valbuena Prat, bien hallado en su reclusión murciana, feliz como antaño entre sus compañeros y alumnos, a vueltas con sus libros y papeles, haciendo y proyectando cosas y más cosas. Hasta que un día comenzó a correrse en nuestros mentideros la nueva de que Ángel Valbuena Prat quería irse de Murcia, y la oportunidad se la brindaba una cátedra recientemente vacante en Madrid. No eran disgustos murcianos los que le empujaban, sino el deseo de culminar su actividad docente como catedrático de la Central (hoy Complutense), deseable cima tentadora, y por eso había firmado la correspondiente oposición. Como él la firmamos casi una docena de personas —algunos catedráticos de Universidad a los cuales apetecía Madrid, unos cuantos catedráticos de Instituto y simples doctores deseosos de que constaran públicamente (en las páginas del BOE) sus aspiraciones— pero cundió la iniciativa, aceptada por todos nosotros, de dejar franco el paso a Valbuena, quien, ya a sus años, se mostraba inquieto pensando en la posible competencia. De palabra o por escrito creo que todos los firmantes le hicieron llegar su buen propósito, que tenía mucho de sentido homenaje a un colega ilustre, quien respondió a mi renuncia con la carta siguiente:

Mi querido amigo y compañero:

Muchas gracias por su carta tan amable, por lo que me dice respecto a las Oposiciones a Madrid, y por el envío de sus libros que leeré, como todo lo suyo, con el mayor interés. Tendré mucho gusto en conocerle personalmente. Sepa que, como habrá visto en mis artículos sobre Azorín, y lo mismo cuando aparezca mi colaboración en la *Historia de las Literaturas Hispánicas* que dirige Díaz-Plaja, tengo en la mayor estima sus trabajos de crítica y ensayo.

Un cordial abrazo de su compañero y amigo,
Ángel Valbuena Prat.

Y llegó por fin nuestro encuentro personal. En noviembre de 1964, establecido Valbuena en Madrid, con el curso comenzado en su Universidad y muchísimos más alumnos de los que estaban a su cargo en Murcia, tuve ocasión de conocerle; formaba yo parte de un tribunal de oposiciones a cátedras de “Lengua y Literatura españolas” de Instituto (mi primera experiencia al respecto) cuando un compañero en el mismo me dijo que aquella tarde iba a verse con Valbuena, condiscípulo suyo en la Facultad de Letras madrileña y, desde entonces, amigo fiel; me invitaba a acompañarle, y claro está que acepté la propuesta.

La cita era a las ocho de la tarde en un viejo café de la calle del Prado; nuestro hombre nos esperaba enfrascado en la lectura de un libro de versos (“me están pareciendo muy bien”) que le habían mandado de Murcia; recuerdo que me recibió cariñosamente. ¿Podría hablarse de su “torpe aliño indumentario”: el pelo revuelto, torcida la corbata, con algunas arrugas en el negro traje? Habría que añadir —lo comprobé tras una conversación que duró más de dos horas— que era un hombre bueno (“en el mejor sentido de la palabra”) y que sus recuerdos —Ángel Lacalle, el antiguo amigo, lo ayudaba en la remembranza, mientras que yo no perdía palabra— se orientaban hacia el caserón madrileño de la calle San Bernardo, donde antaño estuvieron instaladas algunas facultades universitarias, mundo pintoresco y bohemio (estilo “Casa de la Troya”), que sin duda chocaba con la seriedad académica de Menéndez Pidal, Américo Castro, al arabista Asín Palacios o el paleógrafo Agustín Millares. Los recuerdos de aquellos dos Ángeles evocadores fueron también hacia las modistillas, florida grey, alegría de la estudiantina, y era de ver cómo se les hacía la boca agua cuando salían a relucir en la conversación merenderos y tabernas, bailes y verbenas, lugares de encuentro placentero. ¿Quién no diría entonces que cualquiera tiempo pasado fue mejor? ...